

patio principal, que es de lo más risueño, alegrado por plantas siempre en flor, y por las aguas de una bonita fuente que ocupa el centro. Como la mayor parte de nuestros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos con amplios corredores en uno y otro lado, dando al patio principal, estando sostenido el techo de éstos por arcadas de majestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separación para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellán y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virrey de México el marqués de las Amarillas.

En el día, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de "Hotel del Ferrocarril."

Sin salir todavía de la historia antigua no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el día 8 de Junio, infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relación de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV

Hambre y codicia.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de México ofrecía el cuadro de la más espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrían des-pavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se exponía al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba extendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecía agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adiós al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oír su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del día desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la población, sólo se oía uno que otro ay desgarrador,

el llanto de algún niño perdido en la calle, la sorda voz ó los gemidos del que pide al cielo favor, y el melancólico canto de los gallos.

Fué este un eclipse total de sol, que duró algo más de un cuarto de hora, y á él se atribuyó la plaga de gusano que después cayó á los trigos y causó mucha escasez de mantenimientos.

Perdida asimismo la cosecha de maíz en aquel año, se alarmó justamente la población, previendo el hambre que amenazaba para el siguiente.

Intérprete fiel de esta inquietud fué el P. Fray Antonio de Escaray, de la orden franciscana, que el lunes 7 de Abril de 1692, segundo día de Pascua de Resurrección, predicó en la Catedral en presencia del virrey (que lo era entonces D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Gálve), de la audiencia y tribunales. Fué el asunto del sermón la falta de víveres, y el predicador se condujo con tal imprudencia, según se expresa el Lic. Robles, "que fué mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que si de antes se hablaba de esta materia con recato, desde este día se empezó á hacer con publicidad, atribuyendo las diligencias que hacía el virrey y solicitando bastimentos para la ciudad,

á interés y utilidad suya;" agregando el mismo Robles que el predicador fué en extremo aplaudido.

En tal estado se hallaban los ánimos cuando amaneció el día 8 de Junio, tristemente célebre en los anales de la dominación española en nuestro país.

I

Durante las primeras horas de ese día, nada pudo notarse que fuera capaz de infundir temores.

No así á las cuatro de la tarde, hora en que se vió llegar á las puertas del arzobispado á una muchedumbre de indígenas de ambos sexos, todos respirando furor.

Algunos de ellos llevaban en hombros el cadáver de una mujer, mientras otros declan á voces que ésta había muerto en la alhóndiga á manos de un mulato y un mestizo repartidores del maíz, de que entonces habla, como dijimos, gran carestía en la ciudad.

El Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, que era el arzobispo, dispensaba á los necesitados en aquel año calamitoso todos los consuelos que estaban en su mano, y se asegura que en socorrer la indigencia no sólo gastó las rentas de que

disfrutaba, sino que aun contrajo deudas cuando ya aquéllas no fueron suficientes, para continuar tan santa obra. Era además gran protector y, digámoslo así, el paño de lágrimas de los naturales, por lo cual, los de que hablamos, iban á juntarse con él de la tropella usada con la infeliz mujer que, ya difunta, conducían á su presencia.

Pero sea que él no se hallara á la sazón en su palacio, ó bien que los sirvientes negasen con cualquier pretexto á los quejosos la entrada á la habitación donde estaba, la verdad es, que la familia del prelado no les dió más consuelo que decirles: Ocurran ustedes á Palacio, que allí se les hará justicia.

Enderezaron, en efecto, los pasos hacia las casas reales; pero á la puerta hubieron de dar desde luego con un tropiezo: sus excelencias el virrey y su esposa habían salido, y así lo anunciaron los soldados á nuestros indios, prohibiéndoles con altanería pasar los umbrales.

Despechados por dos repulsas consecutivas, y disimulando la hiel en que rebosaba su corazón, partieron con la difunta apresuradamente por las calles del Reloj hasta el barrio de San Francisco Tepito, de donde era originaria;

barrio que pertenecía á la gobernación de los indios de Santiago Tlaltelolco.

II

Entre tanto, unos veinte de ellos siguieron instando por entrar en palacio, arrojando piedras á las puertas y balcones; mas encontrando resistencia en el cuerpo de guardia, y especialmente en el alférez, hubieron de retroceder pronto hasta el cementerio de la Catedral, donde reforzados con más de doscientos de su misma clase, acometieron de nuevo á los soldados que les hacían frente, arrojándoles una granizada de piedras y aprovechando una de éstas en la mano con que el alférez sostenía la rodela, la cual perdió con el golpe. Para recobrarla le fué menester emplear otras; pero todo su brío se esterilizó ante el denuedo de los amotinados, que le obligaron á refugiarse en el palacio con pérdida de dos soldados, y sin hacer ya más resistencia que cerrar las puertas.

Alentados aquéllos con este triunfo, pusieron fuego inmediatamente á las puertas, provistos, como estaban, de materia combustible, pues allí mismo se la ministró la madera de que estaban for-

madas las chozas situadas enfrente de palacio, que servían á los figoneros.

A las seis de la tarde el incendio había cundido por todo el palacio, las casas de ciudad, la cárcel, los oficios de provincia, las viviendas de madera que rodeaban parte de la plaza, en las cuales había tiendas de ropa y comestibles, que se llamaban "cajones."

Las llamaradas despedían una claridad infernal que reflejaba en todos los edificios circunvecinos, y especialmente en la Catedral, que todavía entonces no estaba acabada.

La gente corría llena de espanto por las calles buscando asilo en las casas propias ó en las ajenas.

Los caballeros eran desarmados en el paraje donde encontraban con alguno de los sublevados, si bien no recibían más que esta injuria.

Todo el amor de que antes era objeto el arzobispo se había convertido en odio, como lo probó el hecho de que pasando el Sr. Seijas en su coche cerca de los portales que entonces llamaban de provincia, fué saludado con una lluvia de piedras acompañada de alaridos, derribando de una pedrada al que le servía de sotacochoero.

En una palabra, los indios, ordinaria-

mente mansos y casi indiferentes á la felicidad ó á la desgracia, parecían transformados por la rabia en unas deidades infernales salidas del abismo para tomar venganza de una raza opresora y maldicida: y en medio de la confusión en que estaba la ciudad, en medio de los ruidos de los carruajes que se alejan, de las puertas y ventanas que se cierran con estrépito, de las voces de los que piden al cielo misericordia y de la trápala de los que huyen de la plaza para ocultarse, domina una voz, un grito imponente y horrible, un acento que resuena en los aires como venido de una región misteriosa y lejana:—¡viva el rey y muera el mal gobierno!

III

Este grito sobrecogía de terror á los que le escuchaban en circunstancias en que podían considerarlo como una amenaza.

El arzobispo había tenido por más acertado retirarse á su palacio, luego que conoció lo estéril de su presencia para poner un dique al desorden.

Los nobles, los caballeros, dando crédito apenas á lo que veían desde sus moradas, no se atrevían á salir á prestar au-

xilio al gobierno; y pensando sólo en el peligro que corrían sus vidas y haciendas, esperaban de un momento á otro verse asaltados en sus propios hogares, bien por los amotinados, bien por el fuego que hacía progresos inauditos en varios cuarteles de la ciudad.

La compañía que daba guardia en palacio, continuaba entre tanto defendiéndose de los ataques que recibiera desde el principio. Colocados los soldados en la azotea disparaban sus armas contra todo el que se ponía á tiro; y aunque les había prevenido el alférez que no cargasen con bala, algunos de ellos desobedecieron esta orden y mataron muchos de los amotinados.

Al ver estos caer á sus compañeros se encendían en nuevo furor, y su audacia ya no tuvo límites: corrían de un lugar á otro empuñando horribles teas, en cuya corona de llamas va el principio de la destrucción de toda una casa, quizá de una manzana entera. Un violento huracán coadyuva á sus intentos, y la ciudad va á ser en breve una inmensa pira que reducirá á cenizas el cadáver del despotismo colonial.

IV

En medio de tantos y tan innumerables peligros capaces de poner espanto al corazón más intrépido, hubo sin embargo algunos hombres valerosos. Fué uno de ellos el alférez mencionado, que perdida toda esperanza de contener el tumulto, no pensó ya más que en salvar del fuego las alhajas y preseas de los virreyes, trasladándolas al arzobispado, para lo cual, y asistido de los criados del virrey, abrió un portillo en la pared que da á la casa destinada entonces al balanzario de la caja real, por donde pasaron á la calle y después á las casas del arzobispado, quien les hospedó en ellas aquella noche.

No menos denodado fué otro hombre que, mientras la gente del palacio se afanaba por salvar riquezas, él, con un ardor extremado, con el entrañable cariño de un padre que ve á sus hijos á punto de perder la vida, pugnaba por arrebatarse entre las llamas otra especie de tesoros de más estima: era un clérigo, era el limosnero del Sr. Aguiar y Seijas, que servía de capellán en el hospital del Amor de Dios, y que al saber en su retiro que el fuego había prendido en las casas de

cabildo, corre á ellas acompañado de sus amigos; intentan por las piezas bajas subir á las superiores; no lo consiguen por estar invadidas de las llamas; pero discurren valerse de escaleras portátiles para lograr su intento, y en un instante, forzadas las ventanas, se les ve penetrar en el archivo, de donde sacan, para arrojarlos á la plaza, los códices y libros capitulares que no habían sido presa del fuego, salvando así los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de nuestra nación que allí se conservaban. ¿Es menester nombrar al sujeto que dió cima á un hecho tan glorioso? ¿Hay mexicanos que ignoren que ese hombre benemérito de las letras, fué nuestro esclarecido compatriota D. Carlos de Sigüenza y Góngora?

Si el denuedo que acreditó en esta vez hubiera tenido imitadores entre las autoridades civiles en la órbita que les correspondía, el incendio habría sido prontamente atajado y los alborotadores reprimidos; mas no parece, sino que estaban resignados á perecer y dejar perecer á todos los vecinos de la capital, bajo los escombros de lo edificios, y sobre todo, bajo el peso de las iras populares.

En este trance el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la Ca-

tedral y abad de la congregación de San Pedro, tuvo una ocurrencia que, puesta desde luego en ejecución, fué la medida verdaderamente salvadora de tantos intereses como peligraban, el paso atrevido que hizo salir de su estupor á los funcionarios públicos y demás personas de influencia, y la aurora de paz que conjuró aquella tormenta desencadenada. Pasa al Sagrario de la Catedral, y acompañado de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, saca en procesión al Santísimo Sacramento; dirígese á la plaza, y advirtiéndole que la ruina del palacio era inevitable, retrocede hasta la gran cruz de piedra colocada en el cementerio de la metropolitana, frente á la puerta principal de en medio, y que llamaba el vulgo la "cruz de los bobos."

De allí se encamina hacia la calle del Empedadillo para contener á los indios que ya ponían fuego á las casas del marqués del Valle, y logra con sus exhortaciones que ellos mismos apaguen el incendio en debida veneración al Santísimo Sacramento que llevaba en las manos. Otro tanto consigue en diversas partes; con este arbitrio y el auxilio del presbítero D. Nicolás de Rivas, que predicaba á los mexicanos en su lengua

aconsejándoles la paz, comienza á obtener los resultados más lisonjeros.

Agotadas sus fuerzas por el cansancio, empeña á otro eclesiástico á proseguir en la misma tarea, recogiendo éste los mismos frutos. Siguen después el ejemplo los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesús; y aunque al presentarse los segundos en la plaza, se les recibe á pedradas por venir con ellos algunos paisanos armados, separados éstos alcanzan los religiosos con sus predicaciones un triunfo decisivo y completo sobre los amotinados.

A las nueve estaba sola la plaza, y á la luz sangrienta que despedían los restos del incendio, no se veía más que una que otra figura humana huyendo con paso apresurado, y deslizándose después entre las sombras como fantasmas.

V

Entre tanto, ¿dónde estaban el virrey y su familia?

Los gritos de "¡viva el rey y muera el mal gobierno!" fueron á herir sus oídos y su amor propio en el monasterio de S. Francisco, donde acaso se hallaban de visita, sirviéndoles aquel asilo de un pode-

roso escudo contra los ataques de sus encarnizados enemigos.

En efecto, debieron su salvación al respeto tradicional que los naturales tributaron siempre á los religiosos franciscanos.

Hubo no obstante, quien se atreviera á faltar á ese respeto, procurando penetrar en el convento para arrancar de allí al virrey y la virreyna y entregarlos al furor de los amotinados, valiéndose de un pretexto que tenía visos de verdad.

—¡Una confesión! ¡una confesión, por amor de Dios! se oyó exclamar á las puertas del monasterio en lo más recio del tumulto: ¡una confesión! para un pobre sacerdote que acaba de recibir un balazo!....

Conocieron los religiosos la estratagemma, se negaron redondamente á obsequiar los deseos que se les manifestaba, por lo cual se vieron ya descaradamente amenazados de correr la misma suerte que el gobierno, si persistían en tener cerrado el convento para contener á los que anhelaban apoderarse de las personas objeto de tanto encono.

A pesar de esta amenaza, prevaleció el amor y respeto que tenían los mexicanos á la morada de los religiosos, y el conde de Gálve y su familia se salvaron.

VI

Aunque D. Lucas Alamán asiente en su "Tabla cronológica de los gobernantes y virreyes que tuvo Nueva España," que el motín fué reprimido por D. Juan de Velasco, conde de Santiago, que salió á caballo con toda la gente principal, Cabrera, en su "Escudo de armas de México" y el licenciado Robles en su "Diario de sucesos notables," afirman todo lo contrario, conviniendo en que durante el desorden "no se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal," y que si bien se presentaron en la plaza el conde de Santiago y algunos otros nobles y funcionarios públicos, fué después de que ya no hallaron á quien castigar, por haberse retirado los principales actores que hicieron papel en las escenas referidas.

Esta conducta, no menos que la actitud hostil que adoptó el gobierno en los días posteriores al 8 de Junio, dieron lugar á que la gente ridiculizase las providencias de aquél, repitiendo en las conversaciones el siguiente adagio: "después de los ladrones, arcabuzasos."

Toda la noche se pasó en el mayor de-

sasosiego, temiendo á cada instante nuevas y más lamentables desgracias.

El número de las víctimas fué crecido, y no obstante los muchos cadáveres que en la misma noche y á deshora fueron sepultados en el cementerio de la Catedral, se hallaron todavía algunos al día siguiente esparcidos en la plaza y en otros lugares.

Al amanecer de este día se encontró en el palacio destruido un pasquín del tenor siguiente:

Aqueste corral se alquila
para gallos de la tierra
y gallinas de Castilla.

Horas después, en conformidad de un bando que se publicó, pusiéronse en arma los habitantes de la ciudad formando cuerpos á manera de nuestros batallones de guardia nacional, y fueron á San Francisco los oidores, los caballeros, el conde de Santiago, y otros doscientos hombres, todos á caballo, á traer al virrey, que vino también á caballo, vestido de negro y con valona, por las calles de San Francisco, en medio de repetidas aclamaciones populares.

Al llegar junto á la Profesa se detuvo la comitiva, y el virrey saludó al arzo-

bispo, que le estaba esperando en aquel sitio, entrando después en el coche del prelado y dejando á la virreina caminar por delante en el que antes ocupaba. En este orden prosiguieron hasta la plaza; dieron vuelta por ella á los gritos de "¡viva el rey y el conde de Gálve!" y encaminándose en seguida á las casas del marqués del Valle, se despidió el virrey del arzobispo y quedóse á vivir en ellas mientras se reedificaba el palacio.

VII

Pasada la sorpresa causada por tan inesperados sucesos, empezaron las autoridades á emplear las medidas de rigor así para descubrir y castigar á los culpados, como para prevenir la repetición de los mismos ó semejantes sucesos.

Hubo arcabuceados, ahorcados y azotados.

Los bandos se sucedían unos á otros con ridícula y asombrosa profusión.

En uno se prohibía, pena de la vida, que anduvieran juntos arriba de cinco indios; en otro se mandó que saliesen á morar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se habla prevenido varias veces; y en otro, fi-

nalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque; atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las más á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo éstos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaron al único recurso de que entonces podían echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

Representase la comedia famosa de
"Peor está que estaba."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que más tarde dictó la independencia de la patria?

Presentanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendían á sofocar la menor falta de medida en la expresión del pensamiento, que bien podía decirse estar encadenado, pues que sólo la proclamación de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacía sentir en extremo; y en esa vez las palabras y los

hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece, sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al día siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes había de esas semillas fué obra de ciertos personajes que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

XXV

El Sacristán.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales sólo escogeremos las que, á juicio nuestro, son más interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Burgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristán, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristán, pero no así como quiera, sino del sacristán mexicano, del sacristán de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Mocetón afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulator de los superiores, sabía captarse las simpatías de los que le trataban obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo había menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora menguada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una joven hermosa, y según fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fué el origen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fué desdeñado al principio, correspondido después y al lado de su ídolo llegó á pasar horas de seráficas delicias.

Vino sin embargo, un día en que el desenlace del drama era inevitable: era forzoso casarse.

¡Casarse y sin tener una gruesa suma para comprar ostentosas donas y amueblar una casa decentemente!... esto era un suplicio atroz, insufrible.

¿Qué hacer para haber á la mano esa suma?

La codicia se apoderó entonces del corazón de Pablo, como una serpiente que se desliza por la yerba y se introduce en su guarida de cieno al pie de un matorral.

El sacristán fué otro.

Su genio de ordinario alegre, sus modales zalameros, le abandonaron, dejando en su lugar la aspereza y la melancolía.

—¿Qué tienes, Pablo? sollan preguntarle los religiosos al notar este cambio: ¿estás enfermo? ¿estás descontento con el destino? ¿aspiras á mejorar de sueldo? Habla, di, te haremos algunas propuestas que puedan convenirte.

El sacristán contestaba con evasivas,

y seguía taciturno, incómodo, desapacible y mal encarado con todos.

Pero las decoraciones se mudan en el teatro de la vida cuando menos se piensa, y las pasiones, los caracteres, las fortunas, las situaciones políticas se transforman ó se suceden como los cambios de temperatura, como la serenidad del cielo y los nublados, como la aurora y el crepúsculo, y como el invierno que despoja á los árboles de su vestidura y el verano que se la devuelve llena de frescura y lozanía.

Pablo se presentó una mañana en la celda del padre sacristán respirando bienestar y regocijo; sus ojos despedían relámpagos de dicha, de sus labios manaban palabras de miel hiblea, y su semblante sonrosado y expresivo era una fiesta.

—¡Gracias á Dios que te veo como en tus días mejores, Pablo! ¿á qué atribuir tan feliz mudanza?

—¡La Providencia me ha favorecido, padre nuestro! soy rico, muy rico!... ¡idos loterías á un tiempo!

—¡Cómo es eso! ¡vamos, explícate!

—Sí, señor, como su paternidad lo oye: ¡idos loterías á un tiempo! ¡la de tres mil duros de la Virgen y... y... y... la de cien mil ... de la... Habana!

—¡Hombre! tú vas á dar hoy á San Hipólito!... ¡pobre muchacho! no hay duda, ha perdido la chaveta... sí... en eso habla de venir á parar esa tristeza mortal que sin cesar le devoraba..... ¡pobre!

—¡Pobre?... pobre era antes, hoy,— lo digo en mi entero juicio,—soy un potentado, créame su paternidad, y en prueba de ello, vengo á pedirle los mejores paramentos de la iglesia grande para adornar mi capilla, porque voy á costear en ella una función en acción de gracias, que hará ruido.... ¡qué, es humo de pajas el favor que Dios acaba de dispensarme! Esto será antes de mi partida.... sí... porque yo mismo he determinado ir á la Habana á cobrar mi dinero, y espere su paternidad buenas albricias á mi regreso.

El reverendo quedó largo rato mirando de hito en hito á su interlocutor, y algo menos incrédulo que antes se manifestó dispuesto á condescender con los deseos que éste le había significado.

Días después, los estrepitosos repiques, las cortinas colgantes de las torres, las ruedas de cohetes, la ruidosa armonía de la orquesta, y la concurrencia de las principales señoras de la capital, ostentando su elegante traje de iglesia, anunciaban

una gran solemnidad religiosa, una fiesta "de tono," en la capilla del Señor de Burgos.

El sacristán, primorosamente vestido, risueño, remozado, con una miradilla distraída y un tanto cuanto protectora, repartía almibarados saludos á sus numerosos amigos y amigas, y la promesa de darles albricias se desprendía á menudo de sus labios.

Predicó el sermón el señor Obispo Madrid, que era el orador más popular en aquella época, y en él hizo alusión honrosa al sacristán, y á la manera con que correspondía á los beneficios de la Providencia, exhortando á los fieles á imitar una conducta tan noble y edificante.

El templo, á la luz de mil cirios, resplandecía con los ricos paramentos y la muchedumbre de adornos de oro y plata de la iglesia grande. La mitad de aquellos objetos valían cien veces más que el importe de las dos loterías con que había sido premiado Pablo; pero él, á juzgar por el tono de sus conversaciones, imaginábase dueño de una fortuna superior á la de Crespo, y tantos tesoros reunidos, apenas le llamaban la atención, si ya no era por amor al objeto á que estaban destinados.

Nueva decoración.

La gente, que sale en tumulto de la

iglesia, los bulliciosos repiques y los truenos de las ruedas de cohetes antisociales, anuncian el fin de la solemnidad.

Pablo recibe nuevas y más cordiales enhorabuenas, y un momento después, todo estaba en silencio en lo interior de la capilla y en el atrio del convento. No así en una sala, donde el brillante Pablo había mandado preparar un refresco para obsequiar á los religiosos y á varios seglares convidados.

Allí todo era algazara.

Con el calor del festín, las conversaciones se animaban, tomando un rumbo por donde no podían menos de llegar á lisonjear al héroe del día; y como en torno de la mesa no faltaban personas de cuenta, los juicios que formaban acerca de él y sus hechos, tenían un barniz de autoridad envidiable.

Quién sostenía que el insigne sacristán era verdaderamente digno, por sus prendas, del favor que acababa de dispensarle la fortuna; quién aspiraba á la honra de llamarle amigo, ofreciéndole su casa, su hacienda, su influencia y crédito en la sociedad; éste, abundando en sentimientos más benévolos, le manifiesta que, sin saber por qué, hacía tiempo le era muy aficionado, y que no podía verle con ojos serenos en una situación para la cual ciertamente no había nacido; aquél le juzga-

ba capaz de grandes acciones, y no vacila en pronosticar que será con el tiempo la gloria de su patria; y el de más allá, mirándole con recato á veces, y á veces con estudiado asombro, le pregunta al fin el nombre de su padre y abuelo, concluyendo con exclamar:

— ¡Bien me lo decía el corazón! al fin, había de encontrar algún vástago de esta noble familia. Según me han informado, usted se llama Pablo Morales.... nativo de México, ¿no es así?... hijo de Don Pablo, que casó con.... ¡Oh! ¡vaya! si yo casi, casi puedo tutearte. Figúrate que tu padre y yo, de solteros, nos tratábamos como hermanos, más que hermanos, porque los hermanos suelen andar con pleitos, y Pablo y yo, jamás tuvimos el más ligero disgusto, originado de alguna oposición entre los dos, y antes bien, no podíamos estar el uno sin el otro, y todo entre nosotros era común, dinero, amistades, paseos, goces y pesares.... Pero tu padre casó, y cuando tú naciste, yo tuve que partir á la Habana (adonde irás en breve, y cuenta que para allá te daré excelentes cartas de recomendación) y desde entonces, ni yo viví á saber de tu padre, y sin duda ni tu padre de mí. Pero era forzoso que alguna vez la fortuna me deparase la dicha de abrazar al hijo de mi buen amigo Pa-

blo.... ¡Señores, créanme ustedes! acabo de hacer un descubrimiento que me rejuvenece; este muchacho es un objeto á quien deseaba ver hace tiempo, y que hacía falta á mi corazón.... ¡Pero tú aquí destinado! ¡válgame Dios, y á dónde van á parar las familias cuando falta el cabeza de casa algo más temprano de lo que era regular!.... En fin, la Providencia acaba de deshacer la injusticia con que te ha tratado hasta hoy la fortuna.... Haz por aprovecharte.... ya entraremos juntos en algunos negocios que triplicarán tu hacienda en un santiamén. Sin necesidad de esto, mis bienes son tuyos, y dispón de ellos como gustes.

Pablo estaba aturdido.

Oía alternativamente ó casi á un tiempo, todas aquellas ofertas y alabanzas, sin saber qué contestar, sin acertar á explicarse el por qué de tantas atenciones, dudando si estaba soñando ó despierto, y le zumbaban los oídos como si estuviera á punto de ser atacado de un vértigo.

Pero en sus lúcidos intervalos, sonriendo con el más alto desdén, decía en sus adentros:

—¡Mundo ruin! indecentes cortesanos de la fortuna, hombres de cieno, tigres con aquel de quien nada esperáis, y sabandijas inmundas con el que puede seros de algún provecho!.... ¡Cuánto más val-

go que vosotros, yo, que dentro de poco tiempo seré.... y soy ya.... en fin.... pero á lo menos no me nivelaré jamás hasta vosotros, hasta el fango en que os arrastráis!

Terminada aquella escena, Pablo aparece en la casa de su novia, cargado de joyas y soberbios trajes, para engalanar á la bella el día de la boda, que ya estaba próxima.

Para la novia fué esta visita uno de aquellos acontecimientos que dejan una huella profunda en la memoria, y ella también desconoció al sacristán, pareciéndole más joven, más hermoso, de más talento, y sobre todo, más amable y galán. Algo singular había pasado en él, que ella no sabía lo que era, ni á qué atribuirlo; algo verdaderamente maravilloso que le había transformado en un sér de nueva especie, y que le revestía de un hechizo inefable, irresistible.

Pablo se entristeció mucho más, al notar que también de su novia era objeto de tan desmesurada é intempestiva admiración. Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo variar la dirección que regularmente sigue el torrente de los afectos humanos?

A lo menos, aquella mujer no le había desdeñado antes de su engrandecimiento....

Pero llegamos al desenlace del sainete.

Algún tiempo después de los sucesos referidos, se notó en el convento cierto desasosiego, cierto alboroto, que aunque velados al principio por el misterio, no pudieron después ocultarse aún á los ojos menos perspicaces.

Por fin, la causa de aquel sordo movimiento tuvo la más completa publicidad.

—Esto es hecho, Pablo se ha despedido á la francesa, y ni se acordó de dejar sustituto en la sacristía... ya se vé... ¡lo que es el dinero!... ¿qué le importa ahora el convento? ¡y vaya si soy un cándido! ¿pude imaginar que Pablo seguiría en su destino, siendo ya tan rico?

—¡Calle, hermano, qué bien se conoce que no sabe lo que pasa!

—¡Pues qué pasa!

—¡Que el bueno de Pablo ha desaparecido!

—Ya lo veo.

—Pero no así como quiera, sino cometiéndolo el más horrible de los sacrilegios... ¡esto es vergonzoso! ¡y que el convento haya alimentado tanto tiempo á esta víbora en su seno!

—Ahora sé menos lo que pasa.

—¡Pues sépalo bien! Pablo se ha fugado, llevándose consigo innumerables alhajas, pertenecientes á la iglesia; ha vendido algunas antes de irse, regaló

otras á su novia, y ni hay lotería de la Habana, ni...

—Pero, ¡cómo ha sido eso! ¡no lo creo!... Pablo capaz de semejante crimen!... ¡oh! ¡vamos, su paternidad se chancea!

—¡Nada de chanza! ¡Vaya y tome informes de nuestro padre guardián!... ya verá lo que le dice... todo ha sido un ardid de ese tunante... la función que costeó en la capilla del Señor de Burgos, fué no más que el medio de reunir en un solo lugar la plata y joyas del convento, para escoger lo que más convenía á sus miras.

—¿Y no se procura averiguar el paradero del delincuente?

—Sí; pero hasta este instante, las diligencias de la justicia no han dado ningún resultado satisfactorio. Se cree que todo, ó la mayor parte de lo robado, parecerá; pero á Pablo se lo ha tragado la tierra. No obstante...

—En fin, ya veremos, y este golpe nos hará más cautos en lo sucesivo.

Así departían los religiosos en la sacristía del templo mayor, después de decir misa y antes de tomar el desayuno.

Entre tanto, los objetos robados iban pareciendo en diferentes casas, donde el ladrón los había ocultado. La misma novia fué despojada de las alhajas y preseas

que en donas había recibido de su futuro, como una planta pierde sus flores á impulsos del huracán.

Las requisitorias se sucedían á las requisitorias, y las pesquisas á las pesquisas.

La policía abrió sus cien ojos.

El proceso seguía con la mayor actividad, y el Juzgado continuaba haciendo cada día nuevos y más importantes descubrimientos. Una mañana se supo que en el camino de México á Veracruz, había sido detenido un carro que transportaba un cajón con varias piezas de plata de iglesia: averiguándose la procedencia del cajón, se vino en conocimiento de que un francés residente en la capital, dueño de una casa de empeño, le había remitido á Veracruz, para que de allí siguiera su camino á Europa. El francés fué puesto á buen recaudo, y las pruebas demostraron que era cómplice del sacristán.

Pasado algún tiempo, se hallaron en la casa de otro francés, también residente en la capital, algunos otros cajones, con piezas de plata de iglesia, y examinadas éstas, así como las del cajón antes mencionado, no hubo la menor duda en que eran las de San Francisco. Pero este nuevo cómplice en el robo, había sabido ponerse en salvo anticipadamente.

La causa llegaba ya á su término; pe-

ro, ¿dónde estaba, entre tanto, el principal delincuente?

Nadie lo sabía.

Sin embargo, la Providencia había decretado no dejarle sin castigo.

Pasado algún tiempo, y cuando ya se iba evaporando la impresión que el atentado causara en los ánimos, una comisión de policía se encaminó á la villa de Guadalupe Hidalgo, en busca de un sugeto procesado por otros delitos.

Llega á una tienda, y de entre los dependientes saca á un joven, que tembló y se inmutó extremadamente al recibir aquella terrible visita.

Era de modales decentes; pero tenía el rostro desfigurado con algunas cicatrices... reliquias de quemaduras causadas con piedra infernal. El Maestro de Escuela de los "Misterios de París" había tenido un alumno.

Este era Pablo Morales.

Trasladado á la capital, fué reducido á prisión, en la que hubo de permanecer hasta que sentenciado á presidio por los tribunales que conocieron de su causa, salió de la cárcel para cumplir su condena en Santiago Tlaltelolco, ó en Ulúa, según otros afirman.

Tal fué el desenlace de este suceso, que bien puede considerarse como un episodio de la historia del convento.

Pablo, en el día, está ya en libertad.
Se le ha visto en las calles de la capital como á un habitante de otro planeta trasladado al nuestro.

Pasa frente á la casa donde vive la que fué su novia, y no se atreve á pasar los umbrales.

Huye el rostro á sus conocidos, y de sus mejores amigos se recata.

Sólo halla solaz en el convento de San Francisco. Allí, entre los escombros de los derribados muros, imagen de su destino, pasa largas horas entregado á los inefables placeres de la meditación; y cuando endereza los pasos á lo interior de la capilla del Señor de Burgos, no puede menos de suspirar y de verter una lágrima.

XXVI.

Particularidades

La función religiosa con que el astuto sacristán solemnizó el supuesto cambio de su fortuna, nos trae á la memoria la brillantez, la gallardía, el boato que inseparablemente acompañaban á todas las fiestas en la iglesia mayor y capillas de San Francisco.

Lejos de nosotros, la idea de describir esas fiestas que todos los habitantes de la capital, y muchos forasteros, han podido presenciar, llevados de la curiosidad ó de una devoción que jamás quedaron sin recompensa; pero no es dable concluir el bosquejo de la Orden franciscana en nuestro suelo, sin llamar la atención hacia algunos de esos espectáculos religiosos verdaderamente notables por su magnificencia ó por cierto carácter especial.

I.

El de gravedad y sencillez distinguía la festividad vulgarmente llamada "jubileo de Porciúncula," celebrada el 2 de Agosto en los Monasterios franciscanos de ambos sexos.

Desde el día anterior, se empezaba á ganar la indulgencia, visitando las iglesias de los expresados monasterios, que se abrían á los fieles á la hora de vísperas. ¿Véis esos carruajes, que se detienen á las puertas del convento de San Francisco?

De ellos descienden damas bellas y opulentas, que con aire de recogimiento dirigen los pasos al recinto sagrado, á derramar sus lágrimas ante los altares, y á confundir sus suspiros con los de la po-